

lidades de un eximio capitán, tan metódico como San Martín en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que éste. Al llegar á Arequipa, tuvo noticias de la batalla de Zepita. Estaba en marcha en dirección á Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que éste mantendría el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergían sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación, emprendió su retirada, pero de modo de proteger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del sud. Reembarcóse en Quilca, y dió por terminada la campaña, que sería la última del sud.

IX

El plan póstumo de campaña de San Martín por puertos intermedios, quedó desde entonces abandonado y desacreditado, ó por las faltas cometidas por sus ejecutores, ó porque tal vez no era ese el camino de la victoria final, como el hecho pareció demostrarlo después. Pero por una de esas combinaciones caprichosas del acaso, en que intervienen más las impresiones individuales que el encadenamiento lógico de los hechos, al mismo tiempo que el último plan de campaña del gran capitán sud-americano, ejecutado por manos ajenas, era enterrado por dos derrotas sucesivas, el libro de su destino, para siempre sellado, pareció reabrirse ante sus ojos en la página interrumpida.

Poco después de separarse del Perú, los votos de Guayaquil, expresados por dos de sus hijos más espectables, lo llamaban á volver á la vida pública. « Sólo la mano de San » Martín puede perfeccionar la grande obra de la libertad

» del Perú, — le decían, — y los guayaquileños lo miramos
 » también como el áncora de nuestra esperanza. No es po-
 » sible que el Fundador y Protector de la libertad, deje de
 » conmoverse, ni es honor del Libertador de Chile y del Perú
 » que mire con indiferencia un pueblo que tiene fijos sus
 » ojos en él. Ya es tiempo, que cubierto de la gloria que le
 » ha dado su filantropía, vuelva en alas de nuestros deseos
 » á llenar los destinos de estos pueblos. Las resoluciones y
 » planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad
 » de los pueblos, deben sernos muy respetables; la convo-
 » cación del cuerpo representativo del Perú y su voluntaria
 » separación del manejo de los negocios, eleva su persona
 » al más alto punto de gloria; pero también es verdad, que
 » no puede desdeñarse de escuchar el clamor de los buenos
 » patriotas que ansían por su presencia, y que la posteridad
 » no hallaría tal vez disculpa, si su excesiva generosidad
 » atrajese á estos pueblos desgracias que no están lejos de
 » sobrevenirles. Los destinos de estos pueblos necesitan un
 » genio que los impulse » (42). El mismo Riva Agüero, que
 » había conspirado contra el ex-Protector, y que muy luego se
 » puso en pugna con el congreso, le escribía: « San Martín es
 » necesario á la América, y sus verdaderos amigos no podrían
 » más sobrellevar, sin continuas lágrimas, la pérdida de un
 » héroe á quien se debe la independencia, y en quien tienen
 » fijos los ojos las naciones civilizadas. Sea cuanto antes el
 » día en que tenga el placer de darle un abrazo » (43).
 Después de los desastres de Torata y Moquegua, todos los
 ojos se volvieron hacia él. Uno de sus amigos, al trasmitirle

(42) Carta de Francisco de Ugarte y de Francisco Roca (guayaquileños), de 14 de noviembre y 31 de diciembre de 1822. M. SS. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(43) Carta de Riva Agüero á San Martín, de enero 2 de 1823. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

en multitud de cartas los votos de los peruanos, le decía : « Es » general el clamor de Lima por su regreso, y creen que si no » lo hace, se pierde todo el Perú. Yo estoy tan aturdido por » todo, que se me daría muy poco el que me tirasen un » balazo » (44). El gobierno de Chile, que había sucedido á O'Higgins, solicitaba oficialmente su cooperación, impulsándolo á abrir nueva campaña : « El Libertador del Perú y de » Chile se ha impuesto tan sagrados deberes con respecto al » Perú, que el juicio severo de los hombres presentes y de la » posteridad, olvidaría sus inmensos servicios para no per- » donarle si rehusara algún sacrificio dirigido á terminar su » obra » (45).

La destrucción de la segunda expedición á puertos intermedios y la resistencia de una parte de la opinión contra la intervención colombiana, volvió á hacer revivir la idea de llamar al ex-Protector, como la última esperanza del Perú en las críticas circunstancias que atravesaba. Una junta de jefes de mar y tierra, presidida por el general Portocarrero y el almirante de la escuadra Guisse, con autorización de Riva Agüero, levantó un acta declarando : « Los votos del pueblo, » como los del ejército; como los del presidente de la república, » como los del último ciudadano; los de los jefes, como los » del último defensor de la causa, en fin, los votos del Perú » entero, llaman al Protector San Martín, para que vuele en » auxilio del país, cuya existencia peligrá. » Esta resolución fué comunicada á San Martín, en un oficio firmado por los jefes promotores del movimiento : « Hay ciertos hombres elegidos

(44) Carta de don Nicolás Rodríguez, de 2 de marzo de 1823, adjuntando una urgente de Guido con inclusión de varias otras en el mismo sentido. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(45) Ofi. de la Junta de gobierno de Chile á San Martín, de 4 de marzo de 1823, firmado por Agustín de Eizaguirre, José Miguel Infante y Fernando Errazúriz. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

» por el destino, cuyos nombres pertenecen á la historia, y » cuya existencia consagrada á la felicidad de los pueblos es » reclamada por ellos, principalmente cuando caen en la » desgracia. Entonces los hombres viles que, en tiempo de » prosperidad han insultado al genio y al valor, desaparecen » de la escena, y todos los corazones llaman al héroe que solo » puede salvar al Estado. El Perú que debe á San Martín sus » esperanzas de independencia; que acaba de sufrir una dis- » persión en el ejército que había nacido de su seno, hoy » reclama el regreso del fundador de su libertad, que ha » cimentado, y á quien está reservado el acabar de consoli- » darla. El pueblo volverá con entusiasmo al héroe que ha » roto sus cadenas. El ejército se reunirá con energía bajo » los estandartes del vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y » Maipu, quien tendrá la gloria de haber asegurado la inde- » pendencia de un Estado que siempre le será reconocido, y » de haber terminado una obra que tan gloriosamente ha » principiado, volviendo á fijar la fortuna, bajo nuestras » banderas y la prudencia en nuestros consejos » (46). Riva Agüero, en pugna con el congreso y con la intervención boliviana, llegó hasta ofrecerle por medio de un comisionado especial, entregarle el mando supremo del Perú (47). Guido

(46) Acta levantada en Arica el 28 de setiembre de 1827, y oficio de la misma fecha firmado por los jefes que presidieron la junta : *Mariano Portocarrero — Martín Jorge Guisse — Salvador Soyer — Luis José Orbegoso — C. García Postigo — Pablo Longer*, secretario de la junta de jefes (Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », (2.º período), pág. 132-133).

(47) El comisionado de Riva Agüero, fué el general José Manuel Iturregui, acreditado como ministro diplomático cerca del gobierno de Chile. « La segunda parte de mi misión (dice Iturregui en carta escrita en 1860), » tenía por objeto el regreso del general San Martín al Perú. El presidente Riva Agüero y el Senado me entregaron comunicaciones para » dicho general y me dieron poderes para que negociase su vuelta al » Perú, recomendándome con la más grande eficacia que emplease todos » los medios posibles para obtener este resultado. Procedí sin demora

le escribía al mismo tiempo : « Los patriotas que no especulan con el país y que sinceramente desean verlo libre, vuelven los ojos á usted. Una semana há circulado una representación en la que se recogían firmas pidiendo su regreso como único mediador y término de todos los partidos. Su nombre renace en el seno de estas desgracias » (48).

El ex-Protector sentía repulsión hacia la personalidad de Riva Agüero y no fiaba en su lealtad : no quería prestarse á ser instrumento de ambiciones bastardas ni caudillo de conjuraciones pretorianas : no podía provocar un conflicto estéril, pero no podía desoir estos llamamientos hechos en nombre del interés de la América. Sintió reanimarse en su alma el fuego sagrado de la acción continua que creía apagado, y entrevió por un momento la posibilidad de retornar al Perú.

Próximo á emprender viaje á Buenos Aires, en busca de su hija, que había quedado huérfana de madre, contestó á Riva Agüero desde Mendoza : « El Perú se pierde irremediablemente y tal vez la causa general de América. Un solo arbitrio hay para salvarlo. Sin perder un momento, cedan de las quejas ó resentimientos que puedan tener ; reconózcase la autoridad del congreso malo ó bueno, ó como sea, pues los pueblos lo han jurado. Únanse como es necesario, y con este paso desaparecen los españoles del Perú. Después, mátemosnos unos contra otros, si este es el desgraciado destino que espera á los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos, que es lo que irremediamente va á suceder. He dicho mi opinión. Si ella es aceptable estoy pronto á sacrificar mi vida privada. Venga sin pérdida de un solo

» á atravesar los Andes con dirección á Mendoza ; pero cuando ingresé á esta ciudad, hacía algún tiempo que el general había marchado á Buenos Aires » (Véase Vicuña Mackenna : « El Gral. San Martín », pág. 71, nota).

(48) Carta de Guido á San Martín, de 17 de agosto de 1823. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

» momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso. La espero para decidir de mi destino » (49).

Riva Agüero, en vez de seguir los consejos de San Martín, disolvió el congreso, — como se verá después, — y lo invitó nuevamente á trasladarse al Perú : « Si dentro de tres días no ha llegado el Libertador de Colombia, me pondré en camino para ponerme á la cabeza del ejército. Entraré en Lima el día que se me antoje. Ha llegado el caso de que se cumpla su oferta de venir á prestar sus servicios ». El general indignado, se olvidó de su dignidad, y le contestó en términos tan duros como insultantes : « Me invita usted á que me ponga en marcha, asegurándome que el horizonte público es el más halagüeño. Sin duda olvidó que escribía á un general que lleva el título de Fundador de la libertad del Perú, que usted ha hecho desgraciado. Si ofrecí mis servicios con la precisa condición de estar bajo las órdenes de otro general, era en consecuencia de cumplir con el Perú la promesa que le hice á mi despedida, de ayudarle con mis esfuerzos si se hallaba en peligro, como lo creí después de la desgracia de Moquegua ; Pero cómo ha podido persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín, fueran jamás dirigidos á emplear su sable en la guerra civil ! ; Y me invita á ello al mismo tiempo que proscribiera al congreso y lo declara traidor ! ; Eh ! ; basta ! Un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado » (50).

(49) Carta de San Martín á Riva Agüero, inserta en el foll. tit. « Contestación que hace el coronel S. Soyer al foll. pub. por el vice-almirante Guisse ». Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » (2.º período), pág. 177, que trae un extracto de dicha carta.

(50) Carta de Riva Agüero á San Martín de 22 de agosto de 1823, y contestación de San Martín de 22 de octubre del mismo en Mendoza.—

El destino de San Martín estaba irrevocablemente decidido. Bolívar era el árbitro del Perú. El libertador del norte, terminaría la tarea del libertador del sud, y coronaría la obra de los dos.

X

Riva Agüero, relegado á Trujillo como un mueble inútil, y despojado de los atributos del poder real por el voto del congreso, cuya mayoría le era hostil, no se conformó con su situación. Disolvió el congreso y nombró por sí un senado de su amaño compuesto de diez de los diputados, cesantes por su orden (19 de julio de 1823). Fué entonces cuando llamó por segunda vez á San Martín para apuntalar su vacilante autoridad. La opinión se pronunció contra el presidente usurpador. Un grupo de trece diputados se reunió en Lima, llamó á los suplentes, y aunque en minoría, reasumió la potestad legislativa y constituyente (6 de julio); invistió á Torre-Tagle, delegado de Sucre, con la autoridad ejecutiva, y declaró á Riva Agüero reo de alta traición y fuera de la ley (8 de agosto). Riva Agüero á su vez calificó á los congresales de traidores y declaró nulos todos sus actos. Para sostener su

San Martín envió copia de esta correspondencia á Guido, quien en carta de 6 de diciembre de 1823 le dice con este motivo : « Las cartas de usted » de 22 y 23 de octubre me han proporcionado un buen rato, especialmente la última en que me acompaña la contestación á Riva Agüero. » Su contenido es un golpe mortal para los que soñando con la sombra » de usted, tenían la debilidad de persuadirse y de persuadir á otros, que » trabajaba con aquél para venir á tomar cartas en los negocios de este » país. Y ¿ con quién? Con el mismo que fomentaba la anarquía del » Perú y lo iba precipitando á su ruina.—Con mejor cálculo que el mío » había usted creído que Riva Agüero no renunciaría á sus pretensiones ». M. S. (Arch. de San Martín, vol. LVIII.)

actitud, ordenó á Santa Cruz que acudiera con todas sus fuerzas al norte, abandonando las operaciones del sud en cualquier estado en que se encontraran; pero ya el ejército del sud no existía. Sin retroceder ante ningún medio ni ante la guerra civil para la conservación de su mando personal, formó en torno suyo un ejército, y procuró abrir negociaciones con los españoles, sobre la base de un armisticio, comprometiéndose á hacer salir del país las tropas auxiliares. Los auxiliares, y sobre todo los colombianos, que hasta entonces habían reconocido la autoridad constitucional del presidente, se pronunciaron abiertamente contra él y le intimaron su cesación en el mando, para « no ocasionar con su obstinación males á la América ».

En medio de esta situación agitada y confusa, apareció Bolívar en el Perú. Los castillos del Callao anunciaron su presencia en el puerto con una triple salva. Las banderas aliadas de las cuatro repúblicas independientes en que entonces estaba dividida la América del Sud, se izaron en todos los edificios, con leyendas en su honor. Al poner el pie en tierra, fué recibido en triunfo con grandes aclamaciones. Las tropas del Perú, y las auxiliares de las Provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia, le hicieron los honores (1.º de setiembre). Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida (51). Era la gloria y era la esperanza de la América personificada.

Bolívar al dirigirse al Perú, después de un año de espera en sus fronteras, negando, ofreciendo, retirando ó prestando

(51) Como nunca falta un inglés en todo acontecimiento notable, para dar testimonio de circunstancias que escapan á la observación de los nativos, tomamos algunos de los detalles de esta entrada triunfal, de un viajero inglés que se hallaba entonces en Lima : —Proctor : « Narrative of a journey across the cordillere of the Andes, and of a residence in Lima and other parts of Perú, in the years 1823 and 1824 », pág. 245.

á medias sus auxilios, sabía que iba á ser investido con la suma del poder, que era lo que buscaba, y desgraciadamente lo que el país necesitaba en la revuelta y peligrosa situación que atravesaba. El congreso le consultó por mera forma el proyecto de ley que lo investía con la omnipotencia política y militar. El libertador contestó como de costumbre, como en Caracas, como en Angostura, como en Nueva Granada, como en Cúcuta, cuando renunciaba de antemano el poder que exigía implícitamente sin condiciones, y que el sólo podía ejercer. « Mi repugnancia á emplearme en la administración supera » con mucho toda exageración, y así he renunciado para siempre el poder civil que no tiene una íntima conexión con las » operaciones militares; mejor diré, he conservado sólo aquella » parte del gobierno que contribuye como el cañón á la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuelvo á » ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación á la salvación de su patria; pero esta oferta no puede extenderse á » más que al empleo de mi espada. » Era esta una farsa, que comprometía la gran espectabilidad del personaje, repetida con tanta frecuencia y tan inoportunamente, con mengua de la dignidad de los pueblos ante quienes hablada. Los diputados peruanos, sin darse por entendidos de estas protestas de aparente desinterés, y sabiendo á qué atenerse sobre su sinceridad, dictaron la ley en que « bajo la denominación de Libertador, se » depositaba en él la suprema autoridad militar con facultades ordinarias y extraordinarias, igualmente que la autoridad política dictatorial como conexas con las necesidades » de la guerra, con la latitud de poder exigida por la salvación del país ». Y para que su omnímoda autoridad no tuviese embarazo alguno, se sometía á ella la autoridad del presidente de la república del Perú, que lo era el comodín Torre-Tagle (52). Votóle además un sueldo de *cincuenta mil*

(52) Ley del congreso del Perú de 10 de agosto de 1823. — En la

pesos anuales; que él rehusó con el noble desinterés que lo caracterizaba.

En un banquete dado en el palacio de gobierno en honor del nuevo dictador, todos los brindis fueron dirigidos á él, olvidando estudiadamente al fundador de la independencia y de la libertad del Perú. Bolívar, ó para dar una lección que lo engrandecía moralmente, ú obedeciendo á un sentimiento generoso de justicia, al contestar á todos los brindis, dijo, levantando en alto su copa: « Por el buen genio de la América » rica que trajo al General San Martín con su ejército libertador, desde las márgenes del Río de la Plata hasta las » playas del Perú: por el General O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile. » El sentimiento espontáneo estalló en dobles aplausos, confundiendo por un momento la gloria de los dos libertadores: el uno en el ostracismo voluntario: el otro en la aurora de su grandeza continental. Su segundo brindis fué: « Por el campo en que reuna las » banderas del Plata, Perú, Chile y Colombia, y sea testigo » de la victoria de los americanos, ó los sepulte á todos. » Y al terminar el banquete, como complemento á su primer brindis y para declinar toda solidaridad con las opiniones monárquicas manifestadas por San Martín, dijo: « Por que » los pueblos de América no consientan jamás elevar un » trono en su territorio, y que así como el de Napoleón fué » sumergido en la inmensidad del Océano, y el de Itúrbide » derrocado en Méjico, caigan los usurpadores de los derechos americanos, sin que uno solo quede triunfante en toda » la dilatada extensión del nuevo mundo. » — La última parte de su sentencia, se cumpliría en cabeza propia. — En la noche, al presentarse en el teatro, toda la concurrencia se

« Col. de leyes y decretos », publicada en Lima en 1826, se puso « autoridad política *directorial* », en vez de *dictatorial*, que es la verdadera palabra.

puso de pie, y lo saludó con muestras de respeto y simpatía. — El palco que ocupaba junto con el presidente de la república, estaba adornado con las banderas del Perú y de Colombia unidas. — Un viajero europeo que asistió al espectáculo, deseoso de conocer al héroe que llenaba un mundo con su fama, ha conservado las impresiones de este momento psicológico, reflejadas en la fisonomía del Libertador: « Es » muy delgado; pero toda su persona revela grande actividad. Sus facciones son bien formadas, pero su rostro está » surcado por la fatiga y la ansiedad. El fuego de sus ojos » negros es muy notable. Después de observarle, puedo decir » que jamás un aspecto exterior podía dar más exacta idea » de un hombre. Ensimismamiento, determinación, actividad, intriga, y un espíritu perseverante, son rasgos claramente marcados en su apostura y expresados en cada uno » de los movimientos de su cuerpo » (53).

Bolívar, especialmente autorizado por el congreso para resolver las cuestiones con Riva Agüero, ensayó los medios conciliatorios. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ciega obstinación del mal aconsejado gobernante. Después de largas y estériles negociaciones, en que uno proponía la cesación de todos los poderes en que reposaba la dictadura y otro sostenía su mantenimiento, Bolívar pronunció su ultimátum, por la boca de sus negociadores, en términos intemperantes, nunca oídos en el lenguaje de la diplomacia, ni aun entre enemigos: « El Libertador ha concedido á Riva Agüero » un perdón á que no es acreedor, en vista de su obcecada » ceguera en seguir las banderas de la traición, del crimen » y de la maldad; sin embargo, repite de nuevo su generoso » perdón, y no da más plazo para aceptarlo que el tiempo » que gasten las tropas libertadores en llegar á los campa-

(53) Proctor: « Narrative » etc.; cit., pág. 240.

» mentos de la facción. — El Perú llorará siempre la perfidia de los cómplices de Riva Agüero, que han entrado en » infames relaciones con los tiranos españoles, para perseguir á los libertadores y entregar su patria á las cadenas. » Si no fuese por la necia ceguera de los traidores, el Libertador estaría con el Ejército Unido en Huamanga. Pero » cualesquiera que sean los resultados de la presente guerra, » el Libertador protesta ante toda la América, que son sus » compañeros de perfidia los responsables ante la sagrada » causa de la humanidad y de las leyes, de la sangre, de la » muerte y de la esclavitud del Perú » (54). La guerra civil estaba próxima á estallar. La caída de Riva Agüero la previno felizmente. Una revolución pretoriana, como la que lo había levantado, lo derribó del poder. Así desapareció para siempre de la escena histórica, este hombre, que en un tiempo prestó algunos servicios á su patria durante su esclavitud, fué el iniciador de la anarquía en los primeros días de su independencia, su esperanza por un momento como representante del sentimiento nacional, y por último un fantasma de poder, que llegó hasta los límites de la traición á su causa arrastrado por el viento de la vanidad, sin más objetivo que la satisfacción de una insensata y estéril ambición personal.

Bolívar quedó dueño absoluto del Perú. Pensó que toda la América era suya.

(54) Nota de los comisionados de Bolívar en Pativilca á los de Riva Agüero, de 12 de noviembre de 1823. (Véase Paz Soldán « Hist. del Perú Indep. » (2.º periodo), pág. 196.)